

La Vida Alegre

REVISTA GÓMICA

Oficinas: Carranza, 4, pral

Director: Luis Gabaldón

Número suelto, 10 cént.

¡INCOMPARABLE SUCESO TODAS LAS NOCHES!
EL FÉNIX DE LOS FUNÁMBULOS



1



2



3



4



Ayuntamiento de Madrid



6

La Vida Alegre

LA VIDA ALEGRE Y LOS PADRES DE FAMILIA

NUESTRO primer número ha sido denunciado. Desde que los *Padres de familia*, inspirándose en una frase de un exaplaudido extraburo, mantienen velada la estatua del pudor, quemando en la pira sagrada todas las *torjes concupiscencias*, no dan paz á la mano; y por medio de su representante, Sr. Ceballos (compañero mío en otro tiempo), denuncian, y denuncian...

En esta ocasión, el blanco del Sr. Ceballos ha sido un artículo del Sr. Bonafoux, titulado *Una meara*. Y como se ha fantaseado bastante sobre el particular, cúmplame dejar las cosas en su punto y hacer un poco de historia.

El artículo del Sr. Bonafoux, denunciado por la Asociación, fué publicado en *El Último Mono* (periódico que yo fundé, y del cual se encargó desde el cuarto número mi amigo Félix Limendoux), el día 14 de Marzo de 1892.

El artículo del Sr. Bonafoux, publicado entonces, lo fué con plena aquiescencia de la ley, y hay que hacer constar que se trataba de un periódico político de acentuadísima oposición, y que, por lo tanto, era escrupulosamente fiscalizado. Y ahora pregunto yo: ¿Pues si entonces no fué materia penable, cómo lo es ahora? ¿ó es que la moral en manos de los *Padres de familia* es más quebradiza?

Ahora bien (como se dice por las Academias), queriendo yo honrar con la firma del Sr. Bonafoux el primer número de LA VIDA ALEGRE, y teniendo en cuenta que su artículo había pasado por la mano del fiscal sin que el lápiz rojo quebreara en el periódico, no tuve inconveniente en reproducirlo, sin sospechar, vuelvo á repetir, que fuera denunciado en el año 94, lo que no lo era en el 92.

Esto es todo.

Y aquí hago punto, no sin antes pedir perdón á los lectores, en gracia á la defensa de mi causa, dando desde estas columnas una cumplida satisfacción al distinguido escritor D. Luis Bonafoux.

Luis Gabaldón.

Un caso

ERA una tarde de Marzo; las calles estaban encharcadas, el cielo plomizo; en el cuarto principal número... de la calle de Alcalá, reinaba un silencio despótico, que sólo interrumpía el silbar del viento y el chapoteo de los caballos en los baches de la carretera.

Armando y Josefina, sentados uno enfrente de otro, mirábanse de tal manera, que hubiera podido decirse que el fuego del amor nacia y tomaba forma en sus pupilas.

—¡Qué hermosa tarde! —dijo Josefina al mismo tiempo que Armando sacaba el reloj y se ponía en pié. —¿Tan pronto?

—Las tres de la tarde.

—El primer día y... ¿me abandonas?

—¿Abandonarte? No seas niña. ¿Puedes dudar de mi cariño?

—No te he dado el alma en un beso? (El amor hay que saberle cuidar, porque si no llega el hastío, que debe ser un personaje muy feo, y adios ilusiones, adios horas de locura, adios idilios y... ¡adios besos!). Voy un rato al círculo; estoy con mis amigos, arreglamos el país en un cuarto de hora, y á la vuelta...

—Estate un poco más...

Armando, sonrió, abrazó á Josefina por el talle, la dió un beso en la frente y la dijo muy bajo:

—¡Hasta las tres y media!

Volaron los días y las semanas y el método más perfecto reinaba en aquel principal, verdadero nido de amores.

Se levantaban á las once, para ellos no había rosadas auroras ni el sol se hundía jamás entre horizontes de grana; Armando despachaba sus asuntos en tanto que Josefina, allá en el santuario de su gabinetito, enfrente del espejo de luna, buscaba nuevos atractivos en sus adornos, para presentarse bajo otro nuevo aspecto á su querido Armando.

Después pensaba seriamente el *menú* del almuerzo, que tras mucho discutir, se componía por regla general de los mismos platos.

Almorzaban; de sobremesa recordaban por milésima vez el día que se conocieron, riéndose grandemente Armando al ver á Josefina imitar la cara que él puso el día que le dijo:

—¡Es usted encantadora!

Así estaban hasta que las manecillas del reloj marcaban las tres, y Armando besaba en la frente á Josefina y se marchaba al círculo henchido de felicidad, tarareando cualquier canción en boga.

Volvió á las siete, y entonces vuelta á discutir el *menú* de la comida, y vuelta á reincidir en los mismos platos... Josefina se sentaba al piano y Armando cantaba, hasta que pareciéndoles á ambos que lo hacían bastante mal, se sentaban á jugar á la baraja.

Y entonces, ¡qué discusiones, qué empeño en ganarse el uno al otro... y qué trampas se hacían los dos para conseguir su objeto!

Sollan jugarse un beso; el que perdía se lo daba al ganancioso, pero siempre perdían los dos; otras, el ganancioso condenaba á diez minutos de silencio al vencido, y otras, cuando la buena ó la mala fortuna llegaba á picar el amor propio de los jugadores, se jugaban... el postre del almuerzo.

Pasaron los vientos de Marzo y las lluvias de Abril; las violetas y los alelíes embalsamaron los aires; vinieron las azucenas de inimitable blancura, los claveles dobles, las rosas y las dalias; en los campos luchaban las verduras del trigo, con el rojo de las amapolas; en las cuencas de los arroyos, el morado de la flor de malva se perdía ante el amarillo de la flor de árnica; la gayuba de fuertes y lustrosas hojas, daba sus bayas en el monte, simulando una lluvia de rubíes.

El sol calcinaba las tierras; los habitantes de la capital huían á las playas del Norte.

Armando y Josefina continuaron su eterno idilio en su principal de la calle de Alcalá.

Unas persianas verdes daban un tinte de frescura á la salita, se ahogaban, pero decían que jera tan fresca su casa!

Llegó el otoño; Josefina notó que el reloj de Armando andaba muy despacio, ó el hastío, aquel personaje tan feo, se iba apoderando de ella; Armando extremaba más y más sus caricias... al fin descubrió que atrasaba el reloj un cuarto de hora después de comer. ¿A qué obedecía este cambio brusco de costumbre? ¿A qué aquel fruncimiento de cejas que de quince días á la fecha notaba en su querido Armando?

Aquel día no hubo discusión sobre el *menú*, ni Josefina tocó el piano, ni Armando atronó los oídos de aquella con sus desentonados cánticos.

Abrazados, estrechamente abrazados, se miraban con ansia, se besaban con locura.

La tarde era hermosa, un ligero viento rizaba las copas de los árboles...

—¡Qué día más triste! —exclamó Josefina. —¡Ya son las tres, Armando!

—Un poco más.

—¡Hasta las tres y media!

Josefina le acompañó; él la besó en los ojos, ella cerró la puerta; al llegar á la calle, un oído experto hubiera podido escuchar estas dos exclamaciones:

—¡Qué lástima tener que casarme mañana mismo!

—¡Dios mío! ¿Tendrán círculo los reservistas?

Mariano de Rojas.



LA MUJER DE PUTIFAR



ENTRE las mujeres que en aras del amor se han reído de las conveniencias sociales, ninguna es digna de tanta admiración como la esposa de Putifar, capitán de la guardia del Faraón, que por entonces regía ó se regía en los destinos de Egipto.

Esta señora, si se me permite la palabra, no sólo se lió la manta á la cabeza, como vulgarmente se dice, sino que por realizar los ideales anárquicos de su amor, se envolvió en la frente toda la ropa de la cama.

Su nombre no he podido averiguarlo, por más que he repasado «La Guía de Forasteros», que por aquella época se publicaba en Tánis, residencia oficial de los Faraones y templo taurino del Buey Apis.

Entre sus coetáneos, debió ser conocida por la Putifarta, en honor a su marido, que gracias a ella, estuvo a dos dedos y medio de aventajar al sagrado ídolo, si no en lo de Apis, por lo menos en clase de buey.

Putifar, en vez de espumar el puchero amoroso de su mujer, se pasaba la vida coleando al *becerro de oro*.

Putifarta, cansada de este abandono, y ardiendo en el candelero de los torpes placeres, exclamó con acento solemne ante el ídolo Egipcio: —¿Que haya un Apis más, que importa al mundo?

Y se marchó a la tienda de ultramarinos, donde acababan de recibir una gran partida de chorizos de Candelario y dos docenas de esclavos al natural.

Entre los chorizos, es decir, entre los esclavos, había uno llamado Josef, de muy buena familia y una notabilidad para acertar charadas y descifrar geroglíficos. El infeliz joven era víctima del cariño de su padre Jacob, que le acarreo el odio de sus hermanos, los que, aprovechando la ocasión, lo vendieron a un trapero israelita que les salió al paso.

Ver Putifarta a Josef, y prendarse de él, fué obra de un demonio. Por tres pesetas se quedó con el esclavo, una lata de sardinas y un bote de mostaza inglesa.

Desde aquel día empezó a tomar cuerpo en su imaginación la idea de perder ¡ay! al inocente siervo.

Pero Josef no había nacido para saciar apetitos tan abiertos como el de Putifarta, y no deseaba otra cosa más que dar unas con-



ferencias de política internacional ante el Faraón y después... convertirse en pirámide de la castidad. Por esto rechazó una y cien veces las proposiciones *non santas* de su ama.

La picazón del cutis y el deseo de vencer la honestidad de su esclavo, hicieron de Putifarta una *Vaca Apis*, y resolvió obtener por la fuerza de sus puños lo que no había conseguido por la fuerza de atracción de sus buenas formas.

Hizo de su lecho conyugal el balbecho de sus impurezas y llamó a Josef.

Este, comprendiendo que se trataba de darle la alternativa, se presentó embozado en su capa, su única inseparable prenda.

—¡Señora!—dijo saludando a Putifarta.

—¡Acércate a mí!... ¡Más!... ¡No me llames señora!... dime... Putifarta a secas.

Josef, al ver la postura poco tranquilizadora de su ama, se *móscuó*.

—¡Josef! Pepito mío! ¡Calma este fuego que me abrasa!—exclamó Putifarta.

—¿Yo? ¡No, señora! Llamaré por teléfono a la bomba.

—¡La bomba es poco! ¡Necesito tu amor!

—¿Mi amor? ¡Nunca!

Al oír esta negativa, Putifarta se levantó airada y se dirigió con siniestro propósito a Josef; pero el esclavo, que estaba a los quites, escurrió el bulto, y Putifarta se quedó con la capa de Josef entre las manos.

Este, al verse desnudo y con toda su esclavitud al fresco, huyó presuroso, cubriéndose con las manos, lo que ante todo le reclamaba su castidad herida.

La mujer de Putifar, chasquenda y montada en cólera, viéndole huir en aquella forma, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Sál!

Palabra egipcia, que quiere decir *por ahí te pudras*.

La capa de Josef sirvió a nuestra heroína para invertir los términos de la acción y meter al esclavo en la cárcel. Putifarta, con aquella prenda, cubrió sus impuros desatinos, recordando que una buena capa todo lo tapa.

E. L. Mendez-Vigo.



Nocturno cursi

La calle oscura, estrechita,
en su balcón ellos dos,
y el sereno sabe Dios
en qué portalón dormita.
Presos de amor en el lazo
se adoran con fe sincera.
La muchacha es corsetera;
él oficial de reemplazo.

—Oye, ¿y tu madre?

—Dormida.

—Y tú de frío transida.

—¿Yo? No tal, llevo el mantón.

—¿Me quieres, Encarnación?

—¡Te quiero más que a mi vida!

¿Me quieres tú?

—Con locura.

Tú eres mi amor, tú mi bien;

eres tú la ilusión pura,

hurí del séptimo edén

que disipa mi tristura.

Hermosa cual los querubas,

brillante como la estrella

que luce en la noche bella

y perdida entre las nubes

su luz opaca destella.

Dulce tórtola, amor mío,
que del céfiro al murmullo
cantas en el bosque umbrío
con tu tiernísimo arrullo
tu amor y mi desvarío.
Voladora mariposa
cuyas alas plateadas
cruzan la vega frondosa
libando esencia preciosa
de las flores perfumadas.
Detén el vuelo un momento
posada sobre una flor,
y escucha, Encarna, el acento
que lleva perdido el viento
saturado de mi amor.

Un suspiro en el balcón

que llega hasta lo infinito.

Un parroquiano.—¡Ramón!

El astur.—Voy, señorito.

Sigue la conversación.

Ella.—¡Ay! tu acento vibra

con tan mágica emoción,

que al pintarme tu pasión

conmueves todas las fibras

de mi amante corazón.
Mi amor es casto, inocente
como el rayo de la luna,
que se quiebra dulcemente
en el cristal transparente
de la tranquila laguna.
Y es puro, como el gemido
del corazón dolorido,
cuya nota armoniosa
de algún recuerdo querido
turba la paz silenciosa.
Cual de su nido de flores
al despuntar de la aurora
los matutinos albores,
entona el ave canora
su tierna canción de amores.

El.—¡Sin tí no he de vivir!

Ella.—¡De aquí no me aparto!

Sereno.—¡Las tres y cuarto!

La mamá.—¡Niña, a dormir!

Aquí termina el bromazo.

¿Será la pasión sincera

de Encarna la corsetera

y el oficial de reemplazo?...

E. NAVARRO GONZÁLEZ.

EL OJO DE CRISTAL



A se habían corrido las amonestaciones y muy pronto D. Inocente Verduguillo, hombre obeso, con esa obesidad de *arco* que delata a la persona para quien la vida es un *restaurant* y el mundo un plato bien condimentado, abandonaría las comodidades del solterón por las sonrosadas caricias del matrimonio.

D. Inocente se casaba.

Para él, hombre gordo, el matrimonio era una

cuestá en la que indudablemente se fatigaría, pero eso no le arredaba; su objetivo era el de poseer el corazón de aquella muchacha de ojos garzos y boca de mieles, en la que había sido una mosca pesada; codiciaba con ansias seniles las airosas curvas de aquella alegre mariposa de taller, que más de una noche había revoloteado por el bullicioso salón de un baile de máscaras, libando los labios de los hombres caricias y besos consagrados por la burbujeante espuma del champagne.

Pero D. Inocente se casaba.

Demasiado comprendía que su arruinado continente, avasallado por la labor del tiempo, no podía cautivar el corazón de aquella chiqueta, ni mucho menos aprisionarla en las espesas redes de la fide-



Recibidas las atentas invitaciones, van llegando los convidados,



que lo primero que hacen es quitarse los abrigos y dárselos a la criada, pues viene a ser el guardarropa,



hasta que la criada desaparece tras os montes de paño.



De los primeros en llegar son Adolfo Guanabacoa, poeta venezolano y autor de un *Canto al libre cambio*, y D. Homobono Cerviguillo, que se lanza al mundo por primera vez.



Naturalmente, lo primero que hace nuestro poeta es leer una magnífica composición titulada *La duda y la impiedad ó celos mal reprimidos*;



pero las muchachas le dejan con la cabeza a las vertiginosas vueltas del vals;



y como intermedio se impone un recitado con acordeón, que dijo admirablemente Cerviguillo



El anuncio de *pasen ustedes á tomar algo*, produce extraordinario efecto en la multitud,



que se lanza con el furor de los tártaros ante la tarta que campea en el velador.



Después de lo que, termina la velada... ¡Y cualquiera encuentra su abrigo!

lidad; pero, sin embargo, él se las prometía muy felices, merced á sus cariños y tiernas solicitudes, y gracias á que su parte física había de sufrir grandes reformas, gracias á los adelantos de la ciencia y á los numerosos y delicados tintes que un peluquero amigo suyo fabricaba, y que eran, por decirlo así, el *recurrexit* de los que, como él, buscaban en la química el primitivo color de sus cabellos.

Con efecto, D. Inocente cada día era más rubio, cosa que no dejó de asombrar á sus amigos de la infancia, viejos apuntalados con afeites, y que á los pocos días se volvieron tan rubios como él. ¡Misterios!

Lo cierto era que D. Inocente, según se aproximaba el día de la boda, se remozaba.

Bien es verdad que nadie echó en tampoco tiempo tantas canas al aire.

Su continente era más erguido, aquellos *pronunciamentos* del abdomen fueron *reprimidos* merced á la destreza de un ortopédico, si bien con detrimento del individuo, que sudaba la gota gorda, y á quien le estaba vedado el bajarse al suelo bajo ningún concepto, so pena de una formidable explosión; pero ¿qué valían estas fatigas ante la codiciada noche de novios, ante el grato perfume de la flor de azahar al abrir sus candorosos pétalos?

El día anterior al de la boda fué para D. Inocente un día terrible.

A casa de la modista, á la que había encargado el *trousseau*, un *trousseau* con las esplendideces de un príncipe; D. Inocente no reparaba en gastos; á la fonda, á encargar la comida de boda, cincuenta cubiertos, con el champagne aparte; á casa de la florista á inspeccionar el ramo de azahar, que quería que fuese grande, tan grande como las murmuraciones de las malas lenguas; á casa del joyero; á la fotografía para retratarse en los umbrales de la felicidad; al sastre; á la parroquia... ¡ah! y á casa del ortopédico para que le diera dos vueltecitas más á la faja que servía de malecón al vientre. Fué un día de prueba. Cuando llegó á su casa se acostó, y á los pocos momentos la sonrisa del hombre feliz asomó á sus labios. D. Inocente soñaba, sí, soñaba que estaba al lado de ella, entrelazados sus brazos y rodeados de un nimbo de luz que destacaba las rubias cabecitas de dos angelitos, lo mismo que en una tarjeta de *¡Felicitó á usted las Pascuas!*

A los pocos momentos, un fuerte ronquido demostró que D. Inocente había descendido á la prosa de la vida.

Cuando el sol se destacó en el horizonte como una inmensa bola de fuego, D. Inocente se despertó, se restregó los ojos y sus labios dibujaron una sonrisa. La dicha le aguardaba. Se vistió con todos los agravantes del que va á casarse, ensayando en el espejo de cuerpo entero la más airosa de las posturas y pretendiendo imprimir á cuerpo movimientos de balancín, á lo que su faja se oponía con una tenacidad desesperante. Con aires de conquistador y con trofeos de hombre feliz, salió de casa, procurando hacerlo con el pie derecho para conjurar el agüero, y se dirigió á casa de la novia, donde le aguardarían con impaciencia todos los convidados.

El cura bendijo aquella unión de la mariposa y el rinoceronte, y en los gangosos latinajos que se escapaban de su boca como el aire de agujereado fuelle, iba todo el misterioso vínculo de lo porvenir.

Ya en la calle y organizada la comitiva, se fueron á la fonda, donde la mesa, puesta con cierto refinamiento, les aguardaba.

Por la calle padeció mucho D. Inocente bajo el poder de algunos curiosos, que se preguntaban quién sería el novio, y hubo atrevido

que exclamó: ¡Olé las buenas personas, y bendito sea su papá de usted que va á su *lao* más hueco que una caña!

El día, un día de alegría, en que el chiste, apuntado de verde, salpicaba el ramo de azahar de la desposada, y las mandíbulas se abrían al paso de fuertes carcajadas, tocó á su fin.

La comida transcurrió sin más accidentes que uno de verdadera importancia para D. Inocente, cuya *faz*, de congestionada, tornóse lívida.

¡La maldita faja!

Olvidándose de la prohibición del ortopédico, quiso hacer el cadete, y bailar, bailar con su mujer; pero en una de las agitadas vueltas del vals, se cayó el abanico, y ¡oh! compromiso, cómo permitir que ella se molestara; de ninguna manera. D. Inocente, con todo un poema de resignación en la mirada, se bajó á recogerlo, y en aquel momento, la explosión fué inmensa, tanta, que los convidados pensaron en una mano criminal. El abdomen, libre de trabas, respiró con satisfacción y recobró con holgura su primitiva residencia. D. Inocente, en el torbellino del baile, quiso olvidar tan dolorosa impresión, pero el extremado ejercicio le hizo sudar tan copiosamente, que el rubio del cabello comenzó á palidecer y á volverse blanco, con gran sorpresa de todos, que no comprendían aquellos cambios tan rápidos como los cuadros de una linterna mágica.

¡Oh, dolor! el tinte huía con el crepúsculo, que empezaba á bañar los cristales en mortecina luz.

Los recién casados, libres de felicitaciones, se retiraron á su casa; ella con la sonrisa picaresca y el gracioso mohín de la gitanilla, él abochornado y con el espíritu envuelto entre dudas y tristes profecías.

La luz se apagó y las espesas sombras invadieron la alcoba.

El poema del matrimonio se desarrollaba, no con esa celeste música de los enamorados, sino con los destemplados acordes de la murga.

A la madrugada, un nuevo desengaño estaba reservado á la recién casada.

Cuando ésta despertó para arrebujarse entre la espesa manta de Palencia, notó que su marido tenía el ojo derecho abierto, y no sólo abierto, sino que un humor vidrioso corría por la retina.

¿Lloraba?

Pasó su mano por aquella concavidad y la retiró fría.

No lloraba, no.

Era un nuevo desengaño.

Aquel ojo era de cristal y con el rocío de la madrugada se había escarchado por completo.

Cuando despertó D. Inocente, una carta, que sobre la mesilla de noche estaba, se lo explicó todo.

«Nene mío: Te dejo, no quiero ser esposa de un hombre tan feo y tan artificial.

Huyo con Pablito.

Tu esposa,

CONSTANCIA.»

¡Horror! Pablito era el peluquero que fabricaba los tintes para D. Inocente.

Luis Cabaldón.



La primavera

Con la primavera
se alteran los nervios;
los rostros huraños
se vuelven risueños;
la sangre en las venas
circula corriendo,
y á chicos y grandes,
jóvenes y viejos,
nos gusta el retozo,
nos gusta el jaleo.

Fui ayer por la tarde
á ver á un sujeto,
amigo que habita
un piso tercero,
y al entrar ¡Dios mío!
tras la puerta veo
con mucha sorpresa

hablando y riendo,
á una *Menegilda*
con el panadero.
Sin hacerles caso
avanzo corriendo,
y al llegar furioso
al piso primero,
me encuentro á otra chica
de rostro risueño
que estaba besándose
con el carbonero.
¡Qué horror! ¡Cielo santo!
¡Y qué desenfreno!
Ante aquella escena,
subí más ligero
al piso segundo,
y á mi vista encuentro
que estaba abrazando

con ardiente fuego
á otra *Menegilda*
un joven mancebo
de cierta farmacia.
Al ver todo aquello
me volví bufando,
me bajé corriendo
y exclamé: — ¡No subo
al piso tercero!

Por eso repito
y estoy en lo cierto,
que en la primavera
se alteran los nervios,
y á chicos y grandes,
jóvenes y viejos,
nos gusta el retozo,
nos gusta el jaleo.

JOSÉ RODA O.



o sé si saldrá *Plutarco* ó *Plutarea*.

Me propongo escribir modestamente algunas cuartillas sobre asuntos musicales, ó, por lo menos, que lo parezcan.

Porque no todo lo que parece música lo es, y viceversa.

Será, pues, esto una especie de chismografía sobre asuntos variados que *suenen* más ó menos bien y constituyan una ligera revista.

Llego tarde para hablar de los músicos que pegan.

Que pegan, en la acepción más lata de la frase.

Pero, en fin, me decidí por hablar de algo.

La zarzuela cómica presenta hoy, en su parte musical, un nuevo aspecto.

Las primitivas obras del antiguo repertorio participaban algo del estilo reflejo que imprimieron á sus grandes concepciones los creadores del género: Gaztambide, Arrieta, Barbieri y Oudrid.

Y sabido es que la zarzuela nació de las escurriduras de la ópera italiana.

A excepción de algunas piezas inspiradas en el sabor propio de la tierra, genuinamente españolas, el resto era un deplorable conjunto de romanzas, dúos y tercetos procedentes de *saldos* de la ópera, deslucidos ya para servir en la gran zarzuela.

El imperio de la melodía dulzona, empalagosa, desarrollada, *secundum arte*, con arreglo al eterno patrón, encerrada en los procedimientos más serviles, estaba en su mayor apogeo.

Pero como todo pasa y el progreso no es una palabra vana, cambiaron los derroteros de la ópera y por ende los de la zarzuela grande, que á su vez remolcaba á la chica.

La ópera se modernizó; la orquesta reclamó su papel; se acabaron los *gorgoritos* á plazo fijo. Empezó á preocupar la acción y á cuidarse la forma del libreto; la ópera dejó de ser italiana para ser moderna.

Y pasamos de Verdi (primera época), Donizetti y Bellini, á Gounod, Meyerbeer y Wagner.

La ópera cómica á su vez secundó el movimiento de avance, impulsada principalmente por Varney, Audran, Lecoq y algunos otros.

La zarzuela se llamó *drama lírico* y encarnó en *La Bruja*, *La Tempestad*, *La Marsellesa*... Caballero y Chapí fueron en nuestra patria los jefes del movimiento revolucionario.

Esta ola de avance agitó también la zarzuela cómica, más rica y variada en forma, según las extravagancias del público frívolo propio de esta clase de espectáculos.

Las revistas políticas é impolíticas nos partieron por el eje; el simbolismo nos hizo perder la chaveta y el género fantástico acabó de hacer el resto.

No se podía dar un paso en las pequeñas escenas sin tropezar con los inevitables guardias del orden, *ratas*, *cantaoras* y *flamengueros*; el Mateo y el Antonio; el pan de picos y la vara de medir; el Tiempo y las Furias; y todo esto aderezado con jotas, tangos, valse, polkas ó mazurkas, á cuyo compás se movían las caderas; el arroyo rebasó la escena y el fermento de tanta podredumbre dió vida á una porción de autores y maestros que, pasada la epidemia, no volverán á ser jamás.

Tranquilizado el estómago y próxima á terminarse la convalecencia de alcaldes de pueblo, paletos y beatas, que forzosamente hubimos de pasar; en este momento histórico, ¿cuál será el derrotero que habrá de seguir la zarzuela cómica, el género chico, que es por el que se nos ha escapado de la pluma tal cúmulo de divagaciones filosófico-histórico-trascendentales?

¿Marcarán el camino de la nueva tierra de promisión estos músicos que vienen pegando?

No lo creemos; estos autores marcan modas y no adelantos; no nos enseñan nada nuevo, y si es verdad que las modas vuelven, se nos vienen con antiguallas.

Estos musiquitos no pegan, nos la pegan.

Pero asunto es éste que requiere ser tratado con mas atención y en otro tono.

Porque ya dije al principio que la idea es *lata*, y yo, con franqueza, en consideración al paciente lector... ¡no me atrevo!

Para concluir... (ya era hora).

Terminaré con *La de San Quintín* (estilo de) (que haya una parodia más, ¿qué importa á Galdós?).

«Sofaba yo...»

Que había estallado una horrible colisión en el cartel del teatro Apolo.

Aquello era un *Guirigay* que nadie entendía.

Todas las obras protestaban contra la intrusión del sainete de Vega y Bretón: *La Verbena de la Paloma* ó *Celos mal reprimidos* y *El boticario y las chulapas* (pausa larga).

El dúo de la *Africana* sostenía que aquella intrusión eran *Cosas de Apolo*, y nada más.

En medio de aquel inmenso vocerío de denuestos é insultos, pavoneábase el *sainete* desdeñoso, altivo, sin dignarse contestar á los que con tal furia le increpaban.

La de vámonos creyó llegada la hora de terminar, y resumiendo en una frase todo aquel coro de impropiedades, la lanzó á la luz del hinchado *sainete* de *La Verbena de la Paloma* ó *Celos mal reprimidos* y *El boticario y las chulapas*, diciéndole con inaudito desdén:

—Adios, título!

Luis Arnedo.

DIAGNÓSTICO MÉDICO

Un cesante que estaba estenuado por pasarse en ayunas muchos días, llegó á tener pirosis y acedías, que al hombre le pusieron en cuidado.

Visitóle un doctor muy afamado,

que le dijo, entre muchas tonterías:

—Tiene usted por comer mil porquerías el estómago sucio y muy cargado.

—Doctor, dijo el paciente, está usted ciego;

cargado no es posible, yo no tomo

nada que perjudique mis entrañas;

en cuanto á lo de sucio, no lo niego, porque hace tanto tiempo que no como, que es posible que tenga telarañas.

SANTIAGO IGLESIAS.



—¿Cómo es que Fulano, teniendo una mujer tan guapa, siempre están regañando?—preguntaba uno.

—¡Qué quieres! Es cuestión política; el marido es partidario del sufragio limitado, y la mujer lo es del sufragio universal.

Cuando alguien pone en duda lo que dice Librada,

ella suele decir incomedada:

—¡Yo sólo digo la verdad desnuda!

Sofé que eras vestal, querida Luisa...

¡Me despertó la risa!

En materia de amor, el primer beso es algo así como empezar el queso.

FEDERICO CANALEJAS.

¿Será carnívera Irene?...

Debe serlo, á no dudar, pues siempre oigo ponderar las buenas carnes que tiene.

ANGEL ALFARO.

En el número próximo *Plutarco del amor* y *Un viaje al país de las Bayaderas*.

Unico representante en Vitoria de LA VIDA ALEGRE para suscripciones, venta y anuncios, D. José Colá y Goiti.

No dejen ustedes de visitar el Fonógrafo Edison, Montera, 10.

Imprenta de A. Marzo, Barco, 36 dupdo.

Martínez

CAMISERO

Mi amigo Vicente García y Godínez, su hermano Ruperto, Deloso y Calínez y un primo segundo llamado Mequinez, llevan las camisas hechas por Martínez.

2, San Sebastián, 2

CANARIOS

holandeses y del país á precios baratísimos; en esta casa se vende la tan renombrada Navina para que canten los canarios.

2, Plaza de Bilbao, 2

SUIZA

CHOCOLATERÍA Y LECHERÍA

Caballero de Gracia, 5 y 7

Chocolate con ensaimada y vaso de leche, 50 céntimos.
Chocolate con bizcochos y vaso de leche, 65 céntimos.
Leche al Rom, Ponches, Natillas, Flanes, Chantilli, etc., Cervezas y Refrescos. Abierto toda la noche.

Caballero de Gracia, 5 y 7

LA HIGIENICA

Agua vegetal de Arroyo, premiada en varias exposiciones científicas con medallas de oro y de plata; la mejor de todas las conocidas hasta el día para restablecer progresivamente á los cabellos blancos á su primitivo color; no mancha la piel ni la ropa; es inofensiva, tónica y refrescante en sumo grado, lo que hace que pueda usarse con la mano, como si fuese la más recomendable brillantina. Venta en perfumerías y peluquerías de Madrid y provincias. **Por mayor, PRECIADOS, 56, PRINCIPAL.**

GUINEA

JOYERO Y RELOJERO

28, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 28

En su casa hay grandes surtidos en los artículos de su ramo y talleres para producir al gusto de los compradores.

28, Carrera de San Jerónimo, 28



CANTAR

A la puerta de mi casa
no me vengas á llorar,
que si te duelen las muelas
TIRSO (1) te las sacará.

(1) Pérez, Mayor, 59



A vestir-
se bien y ba-
rato vayan
á la gran
sastrería de
Pedro Es-
cudero, Pla-
za del An-
gel, n.º 15,
frente á la
calle de Es-
poz y Mina.



PERFUMERIA DE VILLALON

ESPECIALIDAD DE LA CASA

AGUA PRODIGIOSA

Esta composición, cuyos buenos resultados están comprobados por larga experiencia, tiene la propiedad de conservar el pelo, afirmando la raíz é impidiendo su caída, aliviando al mismo tiempo muchos padecimientos de la cabeza, que provienen de la falta de higiene.

VILLALON, Fuencarral, 29

GRANDES TALLERES

DE CONSTRUCCIÓN DE CALZADO

A. SAEZ

Venta al por menor en calzado de lujo.
30 por 100 de rebaja sobre precios de las demás casas.

Caballero de Gracia, 23 dupdo.

FRENTE AL COLEGIO DE "EL SACRADO CORAZÓN DE JESÚS,"

PRECIOS FIJOS

PELUQUERÍA

DE

TOMÁS

ALCALÁ, 40

Aguas de Carabaña

NOTABLE MEDICAMENTO.-Purgantes, depurativas, antibiliosas, antiherpéticas, antiescrofulosas y antisifilíticas. Todos deben usarlas.-Ventas en farmacias y droguerías.

PROPIETARIO: R. J. CHAVARRI

CALLE DE ATOCHA, NÚM. 87.-MADRID

LA VIDA ALEGRE

REVISTA CÓMICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA: Madrid, trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 3 id.—Provincias, trimestre, 2 id.—Semestre, 4 id.—Extranjero, Ultramar y países convenidos en la Unión postal, año, 15 id.—Número suelto, 10 céntimos.—Idem atrasado, 20 id.—25 ejemplares, 1,25 pesetas.—La correspondencia á nombre del Administrador.

Horas de despacho: de 6 á 8 de la tarde.—Carranza, 4, principal

